



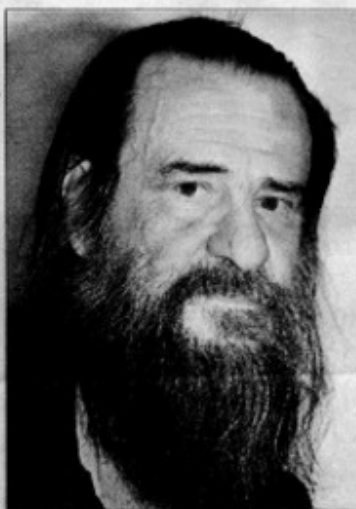
# Con Salvador Garmendia Se Mueren Todos

El autor de «Los pequeños seres», «Memorias de Altigracia» y «Los habitantes», entre otros libros, será siempre recordado por sus singulares dotes para interpretar a la sociedad tal como es. Desde hace cuatro años luchaba contra la diabetes y ahora un cáncer de garganta terminó por dejarnos sin voz.

POR RUBÉN WISOTZKI  
«EL NACIONAL», CARACAS, GDA

“¿C UANTOS van?”, preguntan en la calle. Van muchos, demasiados, uno responde e inmediatamente la lista se impone: Juan Liscano, Arturo Uslar Pietri, Caupolicán Ovalles, Pedro Beroes, Antonio Palacios, Jesús Rosas Marcano. “¿Y no cuesta escribir tanto sobre los que han muerto?”, preguntan en la calle y uno responde que sí, que claro, que nos hacen falta, que es una lástima y que no se sabe qué pasará ahora. Eso preguntan y eso se responde. Hasta hoy. Porque hoy todo es diferente, porque esta muerte es la muerte de Salvador Garmendia.

Esta no es la muerte que se destaca porque ha tocado la puerta de un hombre grande de las letras venezolanas, o la de un autor de una obra que ha trascendido las fronteras de lo imaginable, o la de un intelectual que ha sido referencia indispensable del pensamiento nacional. Esta muerte, que bien se sabe que está también en todas esas muertes y muchas otras, vive como ninguna otra porque con ella también muere la vecina, el chofer, el jefe, la amante, el donante, el ladrón, el pecador, el policía, el banquero, la miss, el plomero, el futbolista, el borracho, la



EL MURCIANO

puta, el párroco y hasta la madre. Todos, absolutamente todos, dejamos de respirar junto a Salvador Garmendia.

Eramos en él, con él, por él y gracias a él, los protagonistas de maravillosos cuentos. Así lo señala una trayectoria literaria que es más nuestra que suya y que se instaló para siempre en las bibliotecas, en las manos y en los ojos de todos desde su primer libro *Los pequeños seres* (1959), obra de entrada para *Los habitantes* (1961); *Día de ceniza* (1964); *Doble fondo* (1965); *La mala vida* (1968); *Los pies de barro* (1972), “que Franco no dejó salir en España”; *Memorias de Altigracia* (1974), editada en holandés y en inglés, así como gran parte de sus cuentos que han sido publicados en alemán, francés, húngaro, polaco y portugués: *El único lugar posible* (1981), con textos excepcionales como “sé muy bien lo que ocurre: el sueño, aquí, es un ángel cegato, tal vez desmemoriado y confuso, que anda de un lado a otro en medio

de nosotros, tropezando continuamente”; *Hace mal tiempo afuera* (1986), y *El Capitán Kid* (1988), entre otros.

Pero nos supimos todos escritores antes, en 1946, cuando publicó una novela corta, *El Parque*, y un año más tarde, y tal como aparece en una cronología de su propia autoría se despide, que es nuestra despedida, de su ciudad natal: “¡Adiós, adiós, pues! ¡Me voy para Caracas! ¡Soy un escritor! ¡Publicaré en El Nacional!... Mi hermano Germann Garmendia, mi maestro, me dice: ‘llevarás a tu casa gloria, y no pan’. A los 63 años, digo, ¡cuánta verdad!”

Verdad también es que el don de la palabra lo llevó a trabajar en la radio, el teatro, el cine y la televisión, todos medios que le agradecieron su paso de principio a fin por esos pasillos y que abandonara temporalmente su condición innata de escritor, oficio que a su entender es el más aburrido.

“Uno escribe porque necesita responder a un impulso de escribir, porque cree que está obligado a expresar determinada realidad, a indagar en la memoria (...) Por eso hay quienes encuentran pesado el trabajo de escribir, el escritor es un ser aburrido, no hace una actividad que se vea inmediatamente. El escritor es un ser insociable, que busca el silencio y la soledad para hacer su trabajo”.

Ese silencio y esa soledad también era el espacio ideal para que el escritor nacido en Barquisimeto, estado Lara, el 11 de junio de 1928, dialogara como pocos con el país. Todos hablando con todos, a pesar de que en la última entrevista que nos concediera su diagnóstico fuera tan contundente como preciso: “El país perdió su modo de expresarse. No sé si antes era más claro pero al menos era más correcto. Se entendía lo que se decía. Ahora el país no sabe hablar”.

Una vez más sus palabras son las nuestras, sus ideas son las nuestras, sus historias son las nuestras, sus libros son los nuestros y la muerte, su muerte, la muerte de todos. Murió Salvador Garmendia y, por lo tanto, esta muerte, querido lector, es también tu muerte y es la nuestra. Ojalá que descansemos en paz.

**Con Salvador Garmendia se mueren todos [artículo] Rubén Wisotzki.**

**AUTORÍA**

Wisotzki, Rubén

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

2001

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Con Salvador Garmendia se mueren todos [artículo] Rubén Wisotzki. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile